

LA CIUDAD DE LOS NIÑOS

Un modo nuevo de
pensar la ciudad



Francesco Tonucci

LA CIUDAD DE LOS NIÑOS

Un modo nuevo de pensar la ciudad

Biblioteca Pedagógica
Colección fundada por Lorenzo Luzuriaga

Francesco Tonucci

LA CIUDAD DE LOS NIÑOS

Un modo nuevo de pensar la ciudad

Traducción de Mario Merlino



EDITORIAL LOSADA S. A.
Buenos Aires - Argentina

Tonucci, Francesco

La ciudad de los niños: un modo nuevo de pensar la ciudad / Francesco Tonucci. - 1ª ed. 3ª reimp. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Losada, 2020. - 296 p. ; 20 x 13 cm. - (Biblioteca pedagógica / Emilio Tenti Fanfani)

Traducción de: Mario Merlino.

ISBN 978-950-03-8388-2

I. Mario Merlino, trad. II. Título.

CDD 370.1

Título original: *La città dei bambini*

© Francesco Tonucci, 1997

© Editorial Losada S. A.

Moreno 3362, Buenos Aires, Argentina

Primera edición, tercera reimpresión: octubre de 2020

Traducción: *Mario Merlino*

Diseño de tapa: *Departamento de Producción*

Ilustración: *Frato*

ISBN: 978-950-03-8388-2

Libro de edición argentina

Queda hecho el depósito que marca la ley 11723

Tirada: 2000 ejemplares

Impreso en la Argentina - *Printed in Argentina*

Se terminó de imprimir en octubre de 2020
en Cosmos Print, Edmundo Fernández 155,
Avellaneda, Buenos Aires, Argentina.

A Federico, mi nieto, y a todos los nietos, porque son nuestro futuro.

A todos nosotros, abuelos, porque sabemos dedicar la parte más libre y desinteresada de nuestra vida a construir el futuro de nuestros nietos.



Prefacio

Querido Frato:

Me causó mucho placer recibir los borradores de tu libro. Los leí enseguida porque tú escribes con sencillez: claro, accesible, como una persona educada y amable que quiere a sus lectores y los ayuda a comprender el texto sin esfuerzo, con argumentaciones correctas, con palabras llanas del lenguaje común, con ejemplos que todos pueden comprender y que, como los que ofreces, forman parte de las experiencias de cada uno de nosotros. Me atrajo enseguida la hermosa imagen, que se lee al principio, según la cual la ciudad de hoy se convierte para los niños en el bosque de los cuentos. Antes, no hace demasiado tiempo, los niños tenían miedo del bosque, donde moraban los lobos y las brujas malvadas, mientras que se sentían a salvo en la ciudad. Ahora las cosas se han invertido, porque la ciudad se ha vuelto hostil: “gris, agresiva, peligrosa, monstruosa”. El libro es un permanente elogio de la fantasía, de la creatividad, de la libertad, de la inteligencia, de la espontaneidad, de la extraordinaria riqueza de ideas y sentimientos, propias del mundo de los niños.

También para mí, no sólo para los niños, la ciudad es un infierno. Pero yo me protejo saliendo cada vez menos de

casa. Mi vida puede transcurrir entre las cuatro paredes de mi estudio sin demasiados inconvenientes. Pero no he olvidado mi vida de niño. Por el contrario, reaparece cada vez con mayor nitidez en mi memoria. Los más hermosos recuerdos de mi infancia son los de las vacaciones en el campo, cuando jugábamos sin ningún peligro al aire libre y vagabundeábamos por los senderos, por donde pasaba de vez en cuando algún carro tirado por bueyes.

Pero también mi ciudad era totalmente distinta. Vivíamos en Turín en un barrio de reciente construcción, en una casa “señorial”, como se decía entonces, en la esquina de una calle cortada, que acababa poco después de nuestro portal. Se llamaba calle del Gasómetro (hoy ha cambiado de nombre), porque el barrio se había construido donde estaba el viejo edificio, ya inexistente, que suministraba calor y luz a la ciudad (las farolas de las calles de mi niñez eran todavía a gas).

Bastaba bajar las escaleras para llegar a nuestra “sala de juegos”. No había ningún peligro. Bajábamos solos. No jugábamos en la calzada, porque estaba empedrada. Jugábamos en la acera. Nuestros juegos eran juegos de “aceras”. Y ahora, en la ciudad, esos juegos han desaparecido.

Entre ellos la peonza, que los más intrépidos cogían en sus manos mientras aún giraba y la lanzaban contra la peonza del adversario para derribarla; las canicas (o bolindres) que se hacían deslizar con un golpe del índice y el pulgar; la “semana”, juego más femenino, a decir verdad, que consistía en saltar a la pata coja sobre una figura dibujada con tiza en forma de rectángulo, donde cada casilla representaba un día y

ganaba el primero en llegar al domingo sin caerse; los “sellos”, como se llamaba a los cromos arrancados de las cajas de cerillas y a los que, una vez puestos uno sobre otro hasta formar una pequeña torre, se les asestaba un golpe desde lejos con una piedra plana haciéndola deslizarse por la acera y ganaba quien hacía caer más.

Unos años más tarde, cuando estábamos en el liceo, volviendo del colegio en grupos de cinco o seis que vivíamos por la misma zona, recorríamos una larga calle recta y desierta (hoy se ha vuelto casi intransitable de tantos coches aparcados a uno y otro lado, incluso en doble fila), tan desierta que avanzábamos dando patadas a una pelota, como si fuésemos los delanteros de un equipo de fútbol, hasta el momento en el que nos separábamos y cada uno tomaba el camino de su casa. A esa altura había una iglesia siempre cerrada cuyo portal nos servía de meta para nuestros últimos pelotazos.

Jugábamos también en los patios. Me pasaba horas en el balcón de la cocina mirando a los niños de las viviendas contiguas, que jugaban al escondite, a perseguirse, a las cuatro esquinas, a policías y ladrones. Era un poco como si jugase yo también con ellos: aprendía juegos nuevos, que practicaba con mis amigos en el pequeño patio de nuestra casa, donde el rey era el hijo de la portera, mucho más hábil que yo en todos los juegos.

Ahora también en los patios el espacio se ha reducido cada vez más. ¿Reducido por qué? Una vez más por los coches, que han empujado a los habitantes de las casas a construirse cada uno su propio garaje. Mis hijos no han jugado nunca

en el patio. Y lo peor es que los “mayores” han comenzado a quejarse del jaleo que hacen los niños con su gritería y les han prohibido jugar por la tarde, a la hora en que regresan de la escuela. No se quejan, sin embargo, del ruido que hacen los coches al salir del garaje por la mañana y cuando vuelven por la tarde.

Es verdad, los niños han desaparecido de la ciudad. Se encuentran sólo en los parques donde sus juegos son los de rigor: el tobogán y el corro. Vivo en una larga calle con soportales, donde los niños podrían bajar a jugar sin ningún peligro. Pero se nota que se ha perdido la costumbre. Los soportales han sido construidos no para que jueguen los niños, sino para favorecer a los comerciantes. Los soportales son, como las zonas peatonales, un espacio para las tiendas y, si acaso, para los mayores, que pueden pasear más libremente, mirando escaparates. A los niños sólo les interesan los de juguetes y algún raro local de venta de animales domésticos, como uno que hay bajo mi casa y que es parada forzosa de mis nietos cuando vienen a visitar a su abuelo.

No sé por qué te he contado estas cosas. Ha sido una forma de expresarte mi simpatía por tu ciudad ideal.

Norberto Bobbio

ADVERTENCIA Y AGRADECIMIENTOS

La “Bibliografía”, las entrevistas de las fichas 20, 21, 22 y 23 de la parte tercera y los datos de la ficha 9 fueron obra de Antonella Rissotto, colaboradora del Instituto de Psicología del CNR.

A los colegas Vito Consoli y Antonella Rissotto les agradezco la lectura y las correcciones de las distintas versiones de este libro.

Agradezco a los alcaldes de Fano y a los asesores que quisieran y defendieran el Laboratorio, a Beatrice Della Santa y Gabriella Peroni, que dieron forma y realidad a las ideas elaboradas en común; Paola Stolfi, Giovanna Mancini e Ippolito Lamedica, quienes hicieron crecer, como arquitectos y urbanistas, las ideas del Laboratorio, animando a los grupos de los niños proyectistas; Alfredo Pacassoni, que compartió el nacimiento del proyecto y sus primeros pasos.

Al alcalde y a la comisión de gobierno municipal de Palermo, les agradezco que crean en este proyecto y lo quieran plantear como desafío para el futuro de su ciudad.

Doy las gracias por su colaboración en las entrevistas a Fiorenzo Alfieri, Pilar Figueras, Raymond Lorenzo, Dario Manuetti y Carlo Pagliarini, amigo y compañero de lucha en favor de los niños, quien murió en junio de 1997, mientras se estaba traduciendo este libro, que también está dedicado a él.

Y, finalmente, gracias a todos aquellos que, voluntaria o involuntariamente, me sugirieron a mí, que soy un profano en muchos de los temas tratados, ideas y propuestas

que, al no poder citarlos, he copiado y utilizado sin mayores escrúpulos.

SIGLAS

CNR	Consejo Nacional de Investigaciones
ISTAT	Instituto Italiano de Estadística
ANCI	Asociación Nacional de las Comunas Italianas
AICE	Asociación de las Ciudades Educativas
COOP	Cooperativa de Consumidores Italianos
CGD	Coordinadora de Padres Democráticos
INU	Instituto Nacional de Urbanística
WWF	Wild World Foundation
MCE	Movimiento de Cooperación Educativa

Introducción

Los ciudadanos sufren los males de la ciudad, pero no parecen pedir, al menos de manera explícita, que la ciudad cambie. Piensan que ya no es posible, están resignados. Piden entonces que se pueda vivir al menos un poco mejor, que se reduzcan las molestias. Piden así más servicios para soportar mejor el malestar de la ciudad.

Saben que quienes más sufren son los niños, no saben cómo ayudarlos y, entonces, cada vez más a menudo, deciden no tenerlos o, lisa y llanamente, dejar de tenerlos: “¿Cómo se hace para tener niños en estas condiciones?”

Quien tiene más conciencia, quien tiene más medios, deja en cambio la ciudad y se va a vivir a lugares pequeños o al campo: “¡Sólo se vive una vez!”.

Dos modos de huir y de manifestar impotencia y desesperación. Actitudes que dejan a la ciudad más sola y desvalida.

Pero hoy en la ciudad hay una persona importante, el alcalde; importante porque sus conciudadanos, y no su partido, le han entregado el gobierno de la ciudad. Probablemente, un alcalde puede ganar los votos para ser reelegido dando mejores servicios todavía, haciendo más soportable la ciudad, de modo que al final de su mandato sus electores puedan

decir: “Hoy se está mejor que hace cuatro años” y decidan reelegirlo. Pero si un alcalde, más que en su reelección piensa en el futuro de la ciudad, en los hijos y en los nietos de sus conciudadanos, entonces debe poner en movimiento la esperanza. Debe participar en un sueño: creer que su ciudad mañana volverá a ser hermosa, sana, segura; podrá tener a sus niños jugando en la calle otra vez. Debe comenzar pues a trabajar con su equipo de gobierno, con todos sus colegas adultos, para ver realizado el sueño de que ser niño vuelva a valer la pena.

En estos últimos años, muchos alcaldes italianos y extranjeros, interpretando una necesidad de sus conciudadanos y de sus ciudades, han manifestado interés en el proyecto que presento en estas páginas. En la acogida de las propuestas, algunas de sentido común, otras atrevidas, otras provocadoras, he percibido la urgencia de una solución que las fórmulas razonables de la política y de la economía no parece que puedan aportar.

En respuesta a esta urgencia el libro nace de prisa. Después de muchas conferencias, de muchas reuniones con la comisión de gobierno municipal, de muchos coloquios, creí necesario un instrumento para continuar un debate sobre las ideas y una confrontación de las iniciativas. Me excuso por la forma directa y coloquial, las posibles repeticiones y los excesivos subrayados. Es un material de trabajo que quiere crecer y mejorar gracias a la contribución de todos aquellos que quieren reconocerlo y utilizarlo.

Análisis de un malestar

Antecedente: antes teníamos miedo del bosque

Antes teníamos miedo del bosque. Era el bosque del lobo, del ogro, de la oscuridad. Era el lugar donde podíamos perdernos. Cuando nuestros abuelos nos contaban cuentos, el bosque era el lugar preferido para ocultar trampas, enemigos, angustias. En cuanto el personaje entraba en el bosque comenzábamos a tener miedo, sabíamos que podía ocurrir algo, que algo ocurriría. El relato se hacía más lento, la voz más grave, nos estrechábamos unos a otros y esperábamos lo peor. El bosque atemorizaba con sus sombras, sus rumores siniestros, el canto lúgubre del cuco, las ramas que podían atraparte de repente.

En cambio, nos sentíamos seguros entre las casas, en la ciudad, entre los vecinos. Era éste el lugar donde buscábamos a nuestros compañeros y nos encontrábamos para jugar juntos. Allí cada uno ocupaba su sitio, allí nos escondíamos, allí organizábamos la pandilla, para jugar a las visitas, para enterrar el tesoro. Era el sitio donde construíamos los juguetes, según modalidades y destrezas tomadas de los adultos y aprovechando los recursos que el medio ofrecía. Era nuestro mundo.

Todo ha cambiado en el curso de pocas décadas. Ha habido una transformación tremenda, rápida, total, como nunca antes se viera en nuestra sociedad, al menos en ningún documento de la historia escrita.

Por una parte la ciudad ha perdido sus características, se ha vuelto peligrosa y hostil; por otra han surgido los verdes, los ecologistas, los defensores de los animales, reivindicando el verde y el bosque. El bosque se ha vuelto bello, luminoso, objeto de sueños y deseo; la ciudad se ha vuelto fea, gris, agresiva, peligrosa, monstruosa.

La ciudad

En las últimas décadas, y de manera clamorosa en los últimos cincuenta años, la ciudad, nacida como lugar de encuentro y de intercambio, ha descubierto el valor comercial del espacio y ha trastornado todos los conceptos de equilibrio, de bienestar y de convivencia, para cultivar sólo programas a fin de obtener beneficios. Se ha vendido. Hasta hace muy poco los pobres y los ricos vivían cerca unos de otros. Claro que sus casas eran distintas, unas de pobres y otras de ricos, pero surgían en los mismos barrios. Después se dio un valor diferente al terreno según su cercanía del centro de la ciudad y esto lo trastornó todo. Los pobres no pudieron rehabilitar sus casuchas malsanas y sin servicios; “prefirieron” venderlas para poder trasladarse a la periferia, a casas todas iguales e idénticas a las que muestra la televisión.

Los centros históricos se han convertido en oficinas, bancos, restaurantes de comida rápida, sedes centrales de grandes compañías, viviendas ricas y sofisticadas. Al anochecer el centro de la ciudad se vacía y se vuelve peligroso, la gente tiene miedo de andar sola por la calle, hay drogados, ladrones, malhechores. Los centros históricos, tan diferentes y ricos por provenir de siglos de historia y de cultura, del placer de las cosas bellas y no sólo útiles, ya no son objeto de cuidado y preocupación de los habitantes. Los lugares más hermosos de nuestro país están negados al juego y a la experiencia de los niños, al paseo y al recuerdo de los ancianos.

Las periferias, en cambio, han nacido en pocos años, sin plazas, sin verde, sin monumentos. Las periferias son iguales en todo el mundo: los mismos bloques, las mismas calles anchas y rectas, el mismo abandono; porque no nacieron de la lenta y constante preocupación de los hombres por tener lugares de vida aptos y confortables para sí mismos y para sus descendientes, sino sólo merced al impulso arrollador de la especulación.

La ciudad ya no tiene habitantes, ya no tiene personas que viven sus calles, sus espacios: el centro es un lugar para trabajar, comprar, ir a la oficina, pero no para vivir allí; la periferia es el lugar donde no se vive, sólo se duerme... La ciudad ha perdido su vida.

La ciudad se ha convertido en el bosque de nuestros cuentos.

El castillo medieval era grande, poderoso, rico y casi deshabitado, circundado por cuchitriles, por los tugurios del burgo, donde habitaban los campesinos y los artesanos que vivían de su trabajo y de la protección que les ofrecía el señor del castillo.

Cuando nacen las ciudades se rompe este vínculo jerárquico y los ciudadanos se encuentran en un territorio común y, aun manteniendo clases y condiciones diversas, comparten el espacio. La plaza se convierte en el símbolo de la ciudad y en la plaza se enfrentan el Ayuntamiento, la catedral, el cuartel del ejército y el mercado. La ciudad es el lugar donde los ciudadanos se encuentran para vender y comprar, para defenderse, para rezar, para administrar justicia.

Hoy da la impresión de que la ciudad ha vuelto al modelo medieval: el centro histórico rico y poco habitado, rodeado de una periferia pobre y a veces mísera, que depende para sobrevivir del centro rico.

La ciudad ha renunciado a ser lugar de encuentro y de intercambio y ha optado por la separación y la especialización como nuevos criterios de desarrollo. Separación y especialización de los espacios y de las competencias: sitios diferentes para personas diferentes, sitios diferentes para funciones diferentes. El centro histórico para los bancos, las tiendas lujosas, la diversión; la periferia para dormir. También están los lugares de los niños: la guardería, el parque, la biblioteca; los lugares de los ancianos: los centros de día, la residencia geriátrica; los lugares del conocimiento: de la es-

cuela infantil a la universidad; los lugares especializados para las compras: el supermercado, el centro comercial. También está el hospital, el lugar de la enfermedad.

Un ejemplo: la familia, la casa

Ir al hospital era antes un hecho totalmente excepcional, por graves enfermedades y graves accidentes. La enfermedad era una experiencia doméstica. Hoy la gente va al hospital para una prueba cualquiera, para una revisión, para un control: se nace, se vive la enfermedad y se muere casi siempre fuera de casa, en lugares separados y especializados. La familia ha perdido la capacidad de soportar experiencias tan ricas y tan fuertes, que en la alegría y en el dolor la ponían a prueba, le exigían continuas adaptaciones, la consolidaban. Se sabe que el nacimiento en un hospital ha significado la vida para muchas mujeres y para muchos niños, pero ahora las condiciones económicas, higiénicas y sociales permitirían a la enorme mayoría de las familias vivir en su propia casa la experiencia extraordinaria del parto. Este cambio, que ya se está produciendo en muchos países del norte de Europa, garantizaría un ahorro económico y daría la posibilidad de nacer dentro de la familia, entre los brazos del padre, cerca de los hermanos.¹ Lo mismo puede decirse de la mayoría

1 Mumford (1945), que define a los hospitales como “almacenes de las enfermedades”, refiriéndose a la situación americana hablaba ya entonces de la necesidad de evitar el parto en el hospital (véase Apéndice 3).

de los estados de enfermedad y de la gran experiencia de la muerte. ¿Qué persiste entonces como experiencia familiar? Sólo la rutina, lo que se repite sin emociones ni variaciones cada día. Se habla mucho de crisis de la familia; habría que ayudarla a vivir experiencias importantes como éstas para ponerla de nuevo en pie, para darle fuerza. Para ello haría falta una clara voluntad y disponibilidad al cambio, a ir hacia adelante de un modo nuevo, teniendo presente las nuevas condiciones.

Y junto con la familia se ha transformado también la casa, respondiendo a estas nuevas necesidades. Es una casa sin niños, sin ancianos. Se ha desarrollado en altura respondiendo a la especulación en las áreas urbanas y sin pensar en cómo podrá bajar a jugar con sus amigos un niño de cuatro o cinco años, ni en cómo podrá seguir viviendo sin enloquecer un anciano que ya no puede ver sus lugares habituales, pasear, encontrar un amigo. Es una casa que ya no sabe prever ni soportar el alboroto de los niños que juegan, mientras se ha adaptado muy bien al ruido espantoso de las sirenas, de los cláxones. Sin embargo las escaleras han sido desde siempre un lugar privilegiado de juego, tanto como los zaguanes y los patios y los adultos siempre han sabido aceptar y tolerar ese alboroto sano, aunque fastidioso, de los niños que juegan. Para estos prisioneros pequeños o viejos han inventado los balcones, de nuevo espacios separados, lejanos, ficticios.

Otro ejemplo: el centro comercial

La ciudad como ámbito unitario, como ecosistema –diría hoy un ecologista– está desapareciendo y se está transformando cada vez más en la suma de lugares especializados, autónomos y autosuficientes, cada uno con su propio aparcamiento, su propio bar, el cajero automático, su guarda jurado... En definitiva, cada lugar tiende a ser una pequeña ciudad. Antes, comprar significaba hacer un recorrido, entrar en lugares diferentes, encontrar a varias personas, cada día las mismas, como para poder retomar al día siguiente una confidencia, una historia o comunicarse la última noticia. Hoy, para comprar, uno se traslada a otra zona de la ciudad, donde se puede adquirir todo, incluso una sola vez al mes. Un ejemplo típico es el del centro comercial, que está surgiendo en los márgenes de la ciudad proponiéndose como ciudad pequeña, autónoma, eficiente y disfrutable. Ciudad sin coches, con calles y plazuelas, segura para los niños, para quienes se crean a menudo espacios específicos y asistidos; donde se puede comer, hacer operaciones bancarias, ir a la peluquería y naturalmente comprar, comprar de todo. Un bonito lugar para muchas familias, donde citarse para pasar juntos el sábado. El deterioro hace inhabitable la ciudad y nos defendemos construyendo lugares seguros, protegidos, donde pasar tranquilos nuestro tiempo libre.

Esta es una tendencia constante en la ciudad de hoy, coherente con la lógica de la separación y de la especiali-

zación: crear servicios, estructuras cada vez más independientes y autosuficientes. Esto ocurre con el hospital, con el estadio, con los grandes museos, con el campus universitario.

El equívoco de los servicios

La separación produce sin duda disgusto, malestar, crea en las personas desgarramientos con la propia historia, con los propios afectos, obstaculiza la comunicación, el encuentro, la solidaridad. Los administradores de la ciudad, responsables de esta perversa transformación de las características de la vida urbana, deben recuperar de algún modo el consenso de sus ciudadanos y ante todo de sus electores; si no lo hicieran se arriesgarían a la pérdida de su poder. En algunos casos, bastante frecuentes, los administradores han preferido no hacerse cargo del disgusto de los ciudadanos y han conquistado su consenso con formas innobles de pactos electoralistas, pero estos no interesan a nuestro discurso. En cambio, en otros casos, los administradores se han hecho cargo del malestar de sus conciudadanos y han desarrollado, como compensación de los disgustos y como garantía del consenso, la política de los servicios. Los servicios públicos se han vuelto el símbolo y el alarde de la buena administración: “Estás obligado a vivir lejos del centro urbano, lejos de las oficinas, de los lugares de diversión y de cultura? No te preocupes, pongo a tu disposición medios de transporte público

cada vez más rápidos, cada vez más eficientes”.² “¿No sabes qué hacer con tus hijos, no tienes posibilidad ni tiempo de poderlos educar? No te preocupes, abriré para ti guarderías, centros de encuentro, bibliotecas...” “No sabes cómo atender a tus ancianos en tu pequeño apartamento del duodécimo piso, con el horario de trabajo que tienes? No te preocupes, te ofrezco centros para la tercera edad, viajes, vacaciones y residencias de ancianos”.

La especialización califica el servicio y compensa la separación. A los niños y a los ancianos no se les permite o se les hace difícil vivir con su propia familia, en su propia casa, en su ciudad, pero se les ofrece lo mejor que pueden asegurar la moderna psicología, pedagogía, pediatría, dietética, geriatría. Mejor de lo que podría hacerlo la familia. Lo importante es que el ciudadano que vota quede satisfecho y lo sea en el breve período del mandato electoral. Los tiempos de los políticos son breves, deben superar exámenes cada cuatro años; los proyectos a largo plazo no dan resultados inmediatos, no traen votos.

En toda esta operación, que puede parecer razonable y hasta meritoria, hay algo inquietante, diabólico: la pérdida de la esperanza, la resignación. La ciudad se da por perdida;

² Encontré en el aeropuerto a un señor que volvía de un viaje a Japón, donde había participado en una muestra comercial. Lo habían alojado en un hotel que estaba a 150 kilómetros del lugar de la muestra y cada mañana un tren lo “disparaba” en apenas media hora desde el hotel hasta su destino, el mismo tiempo que a mí me lleva recorrer en Roma la distancia de casa al Instituto. ¡Un servicio sumamente eficiente que, sin embargo, vuelve natural hacer residir a una persona a 150 kilómetros de la ciudad donde trabaja!

los servicios, los servicios mejores, ayudan a soportarla, sin esperar cambiarla: “Es el precio del progreso”, “No se puede volver atrás”. Parece que el progreso es una oferta global “con todo incluido”: el automóvil y la lavadora, junto con las ventajas, llevan necesariamente a la contaminación, la droga, la violencia, el miedo. Todo junto, lo tomas o lo dejas.

Un acuerdo entre adultos

En esta situación, difícil para todos, el que más sufre es el niño. Con él la compensación, la valoración económica del daño, no funciona. Los servicios pensados para el adulto no son buenos para el niño. Si le quitamos el pequeño espacio para jugar en casa y se lo devolvemos tal vez cien veces más rico y más grande a un kilómetro de distancia, según la lógica de la separación y de la especialización, de hecho se lo hemos quitado: al parque lejano sólo puede ir si un adulto lo acompaña, es decir aceptando sus horarios; puede ir sólo si se cambia de ropa, de otro modo daría vergüenza llevarlo, pero si se cambia de ropa no se puede ensuciar y si no se puede ensuciar no puede jugar; quien lo acompaña debe esperarlo y mientras lo espera lo vigila y no se puede jugar bajo control.

Los parques son un interesante ejemplo de cómo los servicios son pensados por los adultos para los adultos y no para los niños, aunque oficialmente estos sean los destinatarios. Estos espacios para niños son todos iguales, en todo el mundo, al menos en el occidental, rigurosamente nivelados,

a menudo cercados y siempre dotados de toboganes, columpios y tiovivos.

El primer instrumento que entra en acción para la realización de un jardincillo, de un parque para niños, es la apisonadora. Da la impresión de que, según los adultos, a los niños les gusta jugar en espacios llanos cuando en realidad el espacio horizontal les impide esconderse que es, por cierto, una parte importante del juego. Pero el terreno plano no exige mucha vigilancia. ¡El niño debe jugar vigilado! Los adultos hemos olvidado rápidamente que el juego está ligado al placer y el placer se asocia mal con el control y la vigilancia (¡pensemos en nuestras experiencias de placer de adultos!).

Un segundo aspecto inquietante es que son los adultos quienes indican qué juegos debe haber para los niños en estos espacios. Las instalaciones están pensadas para actividades repetitivas, triviales, como mecerse, deslizarse y girar, como si el niño se asemejase más a un hámster³ que a un explorador, a un investigador, a un inventor. Son juguetes para juegos específicos, que deben usarse tal como los adultos los han pensado porque, dado que muy pronto los niños se aburren, para hacerlos diferentes y nuevos intentan utilizarlos de manera no ortodoxa y así se vuelven también peligrosos: saltar del tiovivo en movimiento, deslizarse por el tobogán cabeza abajo, columpiarse sujetos a una sola cuerda del columpio como los corsarios al abordaje o sujetos a las dos cuerdas cabeza abajo.

³ Girar en la rueda, que tradicionalmente equipa su jaula, no les gusta ni siquiera a los hámsters, que en su vida en la Naturaleza, en Oriente Medio, pueden vivir aventuras sin duda más interesantes y más azarosas.

Los parques de juego son todos iguales porque representan un estereotipo: la presencia de toboganes, columpios y tiovivos garantizan que el adulto progenitor se dé fácilmente cuenta de que el adulto administrador ha utilizado el dinero público para construir un servicio para su hijo. Que finalmente a los niños no les guste tiene muy poca importancia.

También los otros servicios para la infancia son pensados para los adultos y no para los niños. “Queremos guarderías para las madres trabajadoras”, se decía en la década de los años 70. En ciudades donde hay profusión de empleo de mano de obra femenina, las guarderías pueden permanecer abiertas hasta diez o doce horas al día, porque ésta es la demanda social de los trabajadores. Pero, ¿cuál es la demanda de los niños? Sin duda la de no quedarse solos en casa, la de tener ocasiones de encuentro con sus pequeños amigos; pero, ¿puede un niño de uno o dos años resistir ocho o diez horas en un lugar tan grande, expuesto a una socialización forzada, al alboroto, a estímulos continuos, sin posibilidad de esconderse, de escapar? Esto no se lo hemos preguntado. ¡Y en cambio los adultos, los empleados de la guardería, se sustituyen para garantizar el servicio en tres turnos diferentes, porque se afirma que no pueden soportar una carga de trabajo mayor de las cuatro o cinco horas al día!

Otro ejemplo, más cotidiano y por ello más inquietante. Cuando surgió un conflicto entre los horarios de trabajo de los adultos y los horarios de los niños –por ejemplo los adultos deben fichar a las ocho y los niños deben entrar en la escuela a las ocho y media–, ¿cómo reaccionamos? Sin ninguna

vacilación, en todas las ciudades, solicitamos a los Ayuntamientos que se crease un nuevo servicio, la “pre-escuela”, que acogiera a los niños desde las siete y media: acabamos cargando la espalda de nuestros hijos con una hora más de trabajo. Podríamos haber pensado en otras soluciones, deberíamos haber evitado que pagasen los más pequeños. Podríamos haber pedido a nuestros sindicatos que modificasen los convenios laborales de tal modo que, si en una familia hay un niño que va a la escuela, uno de los padres pudiera hacer flexible su horario de trabajo y entrar después del comienzo de las clases. No sé si sería posible conseguirlo, pero me preocupa que no lo hayamos intentado y ni siquiera nos hayamos detenido a pensarlo.

Los ciudadanos sufren los males de la ciudad, pero parece que no quieren, por lo menos de manera explícita, que la ciudad cambie. Piensan que no es posible lograrlo ya, pues están resignados. Entonces piden, que al menos se pueda vivir un poco mejor en ella, que las privaciones sean aliviadas. Piden más servicios para soportar mejor el malestar de la ciudad.

Saben que los niños son los que más sufren la situación, pero no saben cómo ayudarlos y, entonces, cada vez más a menudo deciden tener menos niños, o no tener más. ¿Cómo se hace para tener niños en estas condiciones? F. T.



ISBN 978-950-03-8388-2

